

Diarios Asincrónicos de Oaxaca

Bartolomé Leal

14 de marzo del 2005

Salgo desde Santiago por la noche en dirección a México DF, en el vuelo de itinerario que comparten compañías chilenas y mexicanas, buena solución económica pero azarosa para los pasajeros: no es raro que a uno lo dejen en tierra por vuelo “sobrevendido”. ¿Por qué ocurren esas cosas en pleno siglo XXI? La probidad se halla en retroceso, pienso. Esta vez no hay problemas y a su debido tiempo me hallo dentro del avión, para la inconfortable noche en clase económica.

Es mi primera visita a México, tras nueve meses desde mi ruptura con Berenice. Mejor digo, desde que ella decidió romper conmigo, tras tres años y medio de intensa relación, y la siento perdida para siempre. ¿Para siempre? Mi corazón sigue sangrando, aunque esperanzado; igual decido no llamarla, no avisarle que voy para allá, no soportaría recibir una nueva humillación. Su soberbia es enorme, regia. Decido también no pasar por el DF, evitar la nostalgia de su bello departamento de La Condesa, donde compartimos tantos momentos de alegría, y volar lo más directamente posible hacia Oaxaca. EL DF como un mero tránsito. Lo contrario que tantas veces antes...

Los últimos años estuvieron marcados por su figura querida esperándome a la salida de los vuelos internacionales, cuando arribaba desde Santiago, desde Panamá, Santo Domingo, La Habana o Cartagena de Indias. Era tal mi regocijo que debía tragarme las lágrimas y a menudo no acertaba qué hacer, si sólo mirarla, si tocarla, si entregarle ya sus regalos, si besar sus pies, si decirle de cualquier modo que la amaba... Suena cursi, pero yo estaba (estoy) terriblemente enamorado, al borde de la insania, de Berenice, reina de Egipto, la de los hermosos cabellos, la dispensadora de victorias, las de las óperas de Haendel y Haydn.

Durante la noche de mal dormir, sueño con ella, con los recuerdos de Oaxaca, que visitamos juntos en agosto del 2002, con las conferencias que debo dictar en el seminario por causa de lo cual voy allá. Hay lugares que afloran sin embargo con cierta nitidez en el ensueño adolorido del avión: Monte Albán, Mitla, Santa María del Tule y su árbol gigantesco, el convento de Santo Domingo, el zócalo, el mercado, la Catedral y el resto.

15 de marzo del 2005

Temprano sale el vuelo de DF a Oaxaca. El día está hermoso, sólo algunas nubes blancas que nos cruzan raudas, tachonan un cielo que se va haciendo cada vez más azul a medida que nos aproximamos a destino. Se nota que corre una brisa más que ligera, la cual aclara y refresca la atmósfera. El piloto advirtió cuando salíamos que había fuertes vientos y que sufriríamos turbulencias durante todo el viaje. Nada de eso ocurre. ¿De dónde sacarán esa información?

Contemplo las cadenas montañosas de la Sierra Madre, secas protuberancias arrugadas donde sólo se ve como excepción un manchón de verde, el remanente de bosques desaparecidos hace muchos decenios. Predominan en el paisaje la aridez y variados tonos de amarillo, estamos en plena temporada seca. Cuando viajamos con Berenice a Oaxaca, lo hicimos en su automóvil, vía Puebla, y pudimos disfrutar de la larga y sinuosa travesía de las montañas, amenazados por lluvias intermitentes y traicioneros derrumbes, moviéndonos a ratos por las meras cumbres, y observando paisajes que quitan el aliento de tanto vértigo, tanto si uno lanza la mirada hacia arriba, las cumbres, o hacia las profundidades de precipicios y valles. Estábamos cansados cuando por fin llegamos a Oaxaca, una ciudad que ha ido creciendo a expensas de las zonas agrícolas y de los cerros circundantes. Hacía un calor húmedo, propio de la época de lluvias, lo cual me hizo escribir malhumorado:

21 de agosto del 2002

Oaxaca. Horrible ciudad. Zócalo feo y en ruinas, un grupo de indígenas andrajosos en huelga de hambre esparce sus suciedades por los portales, por esos hermosos corredores de arcos, mientras pancartas y gritos se encargan de anular cualquier placer estético. El viaje de Puebla fue pesado, Berenice está enojada porque me he quejado de su modo de manejar, en el más puro estilo chilango agresivo. Los colores de la descuidada plaza están dados por unos abominables globos plásticos rellenos de helio, no por las pregonadas artesanías oaxaqueñas. Es tarde, de todos modos ante su insistencia nos dirigimos a Monte Albán. Cierran a las seis y media, no podemos entrar. Mi malhumor se agrava. El hotel es otro desastre, un pringoso parador de estilo pseudo colonial. Quiero arrancar de Oaxaca.

15 de marzo del 2005

De modo que ahora mi arribo a Oaxaca es por aire. Son cerca de las 8 de la mañana y el cielo azul se ha vuelto intenso y puro, transparente como una piedra preciosa. Empezamos a descender, cuando distingo Monte Albán desde lo alto. Es una iluminación, una sorpresa, un milagro, ya que nunca imaginé que tendría la oportunidad de ver las ruinas desde el aire, y tan de cerca, ya que el avión se aproximaba al aeropuerto. Reconocí inmediatamente los lugares más admirados: el palacio real, el juego de pelota, el barrio Teotihuacan con su patio hundido y, sobre todo, el edificio J, conocido como El Observatorio, con su proa apuntando al nordeste y rompiendo la linealidad del resto de las construcciones.

La visión dura menos de un minuto, hasta que el avión deja atrás la ciudadela para hundirse en la pista. Comprendo con los ojos lo que había leído sobre Monte Albán, que se halla sobre una meseta a unos 400 metros por encima de los valles de Oaxaca, desde donde domina majestuosamente los fértiles territorios que la rodean, una sucesión de valles que se pierden hacia los cuatro puntos cardinales. Desde Monte Albán, príncipes y sacerdotes vigilaban a las ingentes masas de campesinos que se afanaban (y se siguen

afanando) por sacar de la tierra los dulces frutos de la vida: el maíz y la calabaza, el aguacate y el chile, el fríjol y el cacao, el zapote y la tuna...¹

Porque claro, esta es la tierra de los “hombres del zapote” o zapotecas, como los bautizaron los imperialistas aztecas, cuando avanzaron su expansión por el istmo de Tehuantepec, particularmente en el valle de Oaxaca.² Mi llegada fue pues radicalmente diferente a la anterior. La mirada que había podido dar a la metrópoli sagrada de Monte Albán me había trocado totalmente el espíritu. Admiré esta vez a la ciudad de Oaxaca que un conmovido Aldous Huxley describió así: “A pesar de tres terremotos mayores, a pesar de haber soportado siete asedios, incluyendo uno por el ejército francés al mando de Bazaine, a pesar, sobre todo, de cuatro siglos de existencia mexicana, Oaxaca es aún una ciudad majestuosa, llena de edificios imponentes. Santo Domingo ha sido repetidamente saqueada pero es aún, a pesar de todo, una de las iglesias más extravagantemente suntuosas del mundo...”³

Se trata de otro Monte Albán el que contemplo esta vez. La época seca ha quemado los verdes de la época de lluvias, cuando la gran meseta asemeja un campo de golf bien cuidado, una verdadera alfombra de brillante césped. Ahora, desde al aire, todo se confunde en una sinfonía de dorados: la hierba reseca, la tierra amarillenta, el material de los edificios, mezcla de piedras y argamasa. Los rayos del sol matinal le prestan un contorno que impide las confusiones, pero que hace resaltar la tremenda unidad entre la naturaleza y la mano humana en ese lugar prodigioso. No es lo que yo había visto antes, tal como lo describí entonces:

22 de agosto del 2002

Fabuloso Monte Albán (montaña blanca), un apelativo un tanto extravagante puesto por el conquistador, posiblemente explicable por una fijación nostálgica con las bellezas del paisaje europeo, nos trastorna a Berenice y a mí desde que ponemos ojos, pies y almas allí; sobre todo en la gran plaza verde, que con su enorme extensión, pone de manifiesto que el terreno donde se asienta la ciudadela fue trabajosamente aplanado para lograr la perfección en las alturas. Pirámides, palacios, patios y altares se muestran en toda su hermosura. Pero también son bellas las estatuas de los llamados “danzantes”, personajes que se contorsionan en actitudes ambiguas, mientras muestran sus genitales posiblemente mutilados, lo que los ha hecho suponer enemigos, víctimas de castigo ritual.

La cancha del juego de pelota (ritual de confrontación viril y de resolución de conflictos), es otro prodigio, única por su discreta dimensión entre los monumentos mexicanos prehispánicos, con su construcción perfecta y su tamaño reducido para acoger a los privilegiados que podían acceder a esta liturgia en la urbe sagrada. Es un ambiente único, que hace exclamar a un entusiasta viajero checo: “Si ésta no es una de las maravillas del

¹ Un libro insuperable para saber sobre las culturas del valle de Oaxaca es: *The Zapotecs. Princes, Priests and Peasants*, por Joseph W. Whitecotton, 1977.

² Otro libro clásico a consultar con placer es: *Aztecs of Mexico. Origin, Rise and Fall of the Aztec Nation*, por George C. Vaillant, 1941... Sobre todo por sus fotos en blanco y negro.

³ *Beyond the Mexique Bay*, por Aldous Huxley, 1934.

mundo, ¿cuál lo es?... ¿hay en la tierra un rincón que se envuelva en un misterio tan absoluto como éste y deje sin respuestas todas nuestras preguntas? No sabemos qué es lo que predomina en nosotros, si el embeleso o la confusión”.⁴ Bien dicho, pero hoy en día se sabe mucho de Monte Albán, que se empezó a construir hacia el año 500 A.C y que fue abandonado hacia el 800 D.C., y que fue obra fundamentalmente de los príncipes zapotecas, aunque también intervinieron en su construcción los aztecas primero y luego los mixtecos, a lo largo de más de un milenio. Desde allí contemplaban las estrellas y aplacaban a los dioses del clima. Los españoles encontraron Monte Albán abandonado, y así quedó, hasta que recién a principios del siglo XX se iniciaron obras de limpieza y luego excavaciones que rescataron las deterioradas construcciones y permitieron descubrir pinturas, obras de arte y artesanías magníficas. Para cada edificio ha sido asignado su uso, su edad, sus intervenciones, sus mezclas estilísticas. Los personajes esculpidos o pintados en muros y estelas, poseen ahora nombre y función.

16 de marzo del 2005

Nuestro seminario tiene lugar en el Museo de Santo Domingo, ex convento de la orden religiosa a la cual se confió durante el período colonial la salvación de las almas de los indígenas del valle de Oaxaca. Es una descomunal masa arquitectónica barroca de exquisita frialdad. Nunca me había tocado presenciar un barroco tan austero y a la vez tan exuberante. Por un lado un exterior conspicuo en su teatralidad, casi amenazante; tal vez pensado para emular y por supuesto superar las grandezas de Monte Albán y Mitla, las joyas locales de la arquitectura prehispánica; tal vez un intento por dejar pequeñas a las modestas, casi pulcras pirámides zapotecas. Aunque todo es bello en este convento, a ratos sublime, deja la impresión de que esconde una voluntad férrea, fanática, dura, por imponer al dios único y triangular, al esquema complejo del monoteísmo europeo heredado de la Roma imperial, sobre y contra los cultos locales, todos solares, agrícolas, pluviales, germinales, que más encima se encontraban desperdigados y decadentes a la llegada de los dominicos... Lo cual no quita, como la historia nos enseña, que los habitantes del valle de Oaxaca aceptaran la nueva religión, la adoptaran y adaptaran para no perder sus piedades ancestrales, y crearan un híbrido que hasta el día de hoy encanta; y explica además por qué la devoción cristiana está viva entre todos esos descendientes de zapotecas y mixtecos.

Es allí dentro de Santo Domingo donde se siente, sin embargo, la fuerza de la cultura indígena. Nuestro seminario ocupa dos recintos, la antigua cocina y el refectorio del convento. La cocina es amplia, con sus estufa de ladrillos rojos y su imponente mesa de trabajo, donde tantos zapotecas se afanaron seguramente para que los buenos frailes se alimentaran bien, no con frijoles y maíz, sino como sus antepasados sagrados, con la liebre y el pavo (guajolote), el venado y el pescado (guachinango), y bebieran el mezcal adobado con el gusano bienhechor... Los mismos manjares, que antes del español, fueron los predilectos de reyezuelos y sacerdotes zapotecas. No hay pinturas ni adornos, sólo mucha luz, la funcionalidad prima.

⁴ *Descubrimientos en México*, por Egon Erwin Kisch, 1944 (traducción de Wenceslao Roces).

23 de agosto del 2002

En el convento de Santo Domingo. A los dominicos les correspondió, en la distribución de tareas misioneras, la cristianización de los pueblos del valle de Oaxaca. Monumental prueba es la presencia grandiosa de este templo. Aunque lo que marca todo el sistema de dominación espiritual, son los oros del interior la iglesia. Nadie puede quedar inmune ante tanto fasto, tanto brillo, tanta incandescencia sacra. Es allí donde seguramente el mensaje cristiano penetró en las mentes de los indios del valle, tan propensos a lo misterioso, que de la mano de su alto sentido estético, plasmaron siempre en figuras y decoraciones. Ellos no pudieron sino deslumbrarse ante tanta belleza, sobre todo cuando un Monte Albán abandonado y un Mitla decadente, poco podían ofrecer para sus almas ávidas de manejar lo oscuro, la permanente incertidumbre, lo azaroso del clima, lo traidor de la peste, lo veleidoso de las cosechas.

16 de marzo del 2005

En la cocina funciona pues la administración de nuestro seminario, se distribuyen documentos y se sirven los cafés, acompañados de masitas y frutas, para las cuales hay, como condimento, un polvo rosáceo que resulta ser “sal de gusano del maguey”... Lo pruebo, por cierto. La presencia oaxaqueña se halla también en el refectorio, bellamente pintado su techo en comba, típicamente barroco, con retorcidos motivos abstractos pero que imitan formas vegetales y juguetones angelitos, todo en delicados colores, celestes, marfiles y rosados, que se repiten por toda la bóveda integrándose al encalado de la base y el marrón de los muros. Es allí donde los frailes hacían las comidas mientras escuchaban las lecturas de sus textos sagrados para reafirmar la fe... Mientras escucho las ponencias y pienso en la mía propia, que debo desplegar pronto según programa, me deleito en las irregularidades de esos dibujos alegres de mano obviamente indígena, que buscan reproducir, de manera un tanto torpe aunque encantadora, las imágenes espejo que la retórica barroca impone. Es un grupo simpático el nuestro, no hay payasos de terno negro.

17 de marzo del 2005

Es un día entero en que casi no pienso en Berenice. Casi, digo, porque al mediodía, cuando todos salen a comer, me quedo en el museo, que antes recorrí con ella. En una sala de exposiciones temporales me encuentro con una pequeña aunque deslumbrante muestra de arte africano tradicional, en gira de las colecciones mexicanas. Máscaras *dan* y *senufo*, esculturas *baulé* y *ashanti* (una muñeca *aku-aba* primorosa), fetiches, un tocado *chi-wara* de los *bambara*, espectaculares fotografías de *masai*, como los que B. y yo conocimos en Kenia. Disfruto durante más de una hora de cada pieza, con el placer del *amateur* gratificado con tamaña sorpresa. Me recuerda el libro que leía anoche, el diario de un científico que recorre Oaxaca en busca de helechos.⁵

⁵ *Oaxaca Journal*, por Oliver Sacks, 2002.

Pienso que no tendré en esta ocasión visitar el complejo arqueológico de Mitla, que me provocó antes esta reacción entusiasta:

24 de agosto del 2002

En Mitla tras un corto aunque agotador viaje, por medio de caminos en construcción, una sequedad agobiante, polvo y congestión, pueblos abigarrados, desorden... Lo que se supone era un gran patio ceremonial se halla transformado en mercado de fealdades turísticas, se exhiben los *alebrijes* más monstruosos, de aires y colores waltdisneyanos. Miramos someramente, no encontramos nada interesante. Hay que buscar en otro lado, con ojos de arqueólogo, los tesoros remanentes de la artesanía tradicional, le digo a B. Se ríe...

Mitla (el “lugar de los muertos” en lengua náhuatl) fue el último refugio de la teocracia zapoteca, aunque ya muy mezclada del espíritu mixteco, más abierto y libertario. Allí se levantó lo que fue el más grande santuario de la religión tradicional de los pueblos de Oaxaca, sobre todo zapotecas y mixtecos, un lugar venerado que resumió los impulsos de certidumbre asociados a esta cultura esencialmente agrícola, que en su panteón reconoce sobre todo a deidades ligadas a la lluvia (como Cocijo, considerado el principal de una docena de dioses zapotecas), al maíz, al sol, a ciertos animales o a los terremotos. Mitla, como gran santuario, representó una resistencia contra la dominación de los nuevos dioses, fueran aztecas o cristianos. Allí se constituyó un colegio de sacerdotes, los que conservaron hasta donde pudieron los viejos cultos ancestrales.

El poder colonial comprende la relevancia de Mitla, y en consecuencia construye literalmente encima del santuario una iglesia monumental, bella sin duda, pero terriblemente agresiva, un auténtico abuso de poder. Los constructores utilizan las mismas piedras de Mitla, destruyendo parte del fabuloso templo. Sólo quedan restos: unas columnas mutiladas, unos muros plagados de decoraciones abstractas, únicas en las culturas mexicana, de contornos vegetales, que imitan elementos orgánicos. Las piedras rojas reflejan al sol poniente. Berenice y yo no podemos sino vibrar ante la grandeza de lo que fue este lugar todavía considerado sagrado para muchos habitantes antiguos de estos valles.

De vuelta damos hace una breve visita al ahuehuete de Oaxaca, en Santa María del Tule, el árbol más grande del planeta, con sus 50 metros de diámetro y sus más de 4.000 años de antigüedad, según Humboldt, aunque hoy en día se habla más bien de 2.000 años. Igual es harto viejo.... Nos deja pensativos saber que Humboldt lo visitó a principios del siglo XIX, un desvío de su ruta científica hecho especialmente para ver y admirar a este árbol legendario conocido como “El Gigante”. El día está grato, plácido, con ese clima que atrajo a tantos viajeros agobiados, como el francés Mathieu de Fossey por mediados del siglo XIX.⁶

25 de agosto del 2002

⁶ Ver este bello y raro libro: *Viajes en México. Crónicas Extranjeras*, publicado por la Secretaría de Obras Públicas, 1972.

No puedo dejar de alabar la gourmandise oaxaqueña. Oaxaca posee una cocina propia, que desconozco en detalle, pero me preparo para simplemente pedir los platos locales más interesantes. Esto me permite saborear delicias como el mole negro, con cacao y chiles locales. Ordeno una bandeja con diferentes variedades para probar, con lo cual llegan: tasajo asado, cecinas enchiladas, trozos de tlayuda (una pizza *avant-la-lettre*), tamales de chapil, tacos de brotes de calabaza, chorizos, costillas de cerdo, chiles rellenos, quesos de tiras, pollos adobados, chapulines, quesadillas mixtecas de elotes verdes, trozos de guajolote relleno... Para comerse las palabras, le digo a Berenice. Ríe con todo: sus ojos verdes y sus pómulos rosados, sus labios finos y sus dientes menudos.

18 de marzo del 2005

De noche por las calles de Oaxaca. Músicos. Un campesino con cara y aire de borracho toca en su acordeón y canta temas tradicionales mexicanos. Le sale muy bien. Me quedo escuchándolo. Su hijo, pequeño y pringoso, de sarape y huaraches, pasa el sombrero. Le doy unas monedas que agradece con risitas. Me pasa su manito sucia, lo que me da gran pena. Sigo, peripatético. Cerca del zócalo un hombre mayor, con gafas de ciego, toca rancheras en una brillante aunque deteriorada mandolina. Suena cristalino y agradable, muy afinado, muy rítmico. Pongo también unas monedas en su hucha. Se me salen las lágrimas. Soy un cobarde para la música, como decía alguien.

El mencionado Fossey cuenta en su crónica de viaje acerca de un concierto de arpa, al cual asiste en la hacienda de un conocido del valle de Oaxaca: “Es difícil explicar el efecto que me producía este indio de piel roja, vestido suciamente y con harapos, acariciando las cuerdas de su instrumento con la facilidad que da el talento y construyendo tan bellos acordes. El arte ennoblecía en mi pensamiento al bardo zapoteca...”

19 de marzo del 2005

Termina esta corta revisitación de Oaxaca, me queda esta mañana de sábado que aprovecho para pasear por las calles, mirar a los turistas que empiezan a llegar para disfrutar la semana santa, con la esperanza de ver a B., lo cual queda, obvio, fuera de toda probabilidad. Deambulo, sin presiones neuróticas, contemplando las pintadas casas, me meto al mercado y compro unos pocos recuerdos, unas artesanías pequeñitas de palomas y quetzales, preciosos. Aprovecho de visitar iglesias modestas, en una de ellas, llamada Nuestra Señora de las Nieves, me detengo ante una gran pintura de la Santísima Trinidad de tres cabezas; luego veo un altar dedicado a San Antonio de Padua, poseedor (él, tan pobre) de un inmenso retablo en pan de oro, rodeado de esculturas y pinturas, flores, muestras diversas de devoción popular al santo más santo de todos. El máximo dispensador de beneficios, el deshacedor de los peores entuertos, el curador de causas perdidas. Le pido en silencio que me devuelva al amor de mi vida... Un milagro oaxaqueño, ¿por qué no?